

REGIMEN DE PARTIDOS Y PRAGMATISMO POLITICO ¿FORMULAS IRRECONCILIABLES?

*La rectificación nacional decidida por
las Fuerzas Armadas es total*.*

Las palabras del Presidente de la República que encabezan estas reflexiones son, en definitiva, una reiteración de la posición pragmática que en lo político sostiene y practica el nuevo Gobierno, como lo anunció solemnemente en su Declaración de Principios. En efecto, el funcionamiento defectuoso y viciado de un aparato institucional marcadamente inadecuado y obsoleto condujo al país al desquiciamiento integral, que sólo pudo ser detenido gracias a la identificación (que los marxistas no valoraron) entre los principios permanentes de la nacionalidad chilena con aquellos que desde siempre son el patrimonio espiritual de nuestras Fuerzas Armadas, lo que las impulsó el 11 de septiembre a detener el atropello y desintegración de esos valores constitutivos de nuestra identidad histórico-cultural.

Es por eso que la vivencia de 18 meses de Gobierno ha convencido al Presidente que la necesidad de una rectificación total encuentra justificación no tan sólo en la experiencia del pasado, sino también en la enseñanza recogida del presente, en el duro oficio de conducir al país.

¿Alcanza esta rectificación al modelo político-institucional que deba implantarse en el futuro, entendiéndose por ello una transformación profunda de fórmulas, hábitos e incluso de dirigentes? A nuestro juicio es evidente que sí especialmente en lo referente al papel del partido político en la nueva estructura constitucional.

Con el objeto de alertar intelectualmente sobre este tema, que puede llegar a constituir el problema decisivo de nuestra vida cívica, como ya lo es en los actuales regímenes políticos europeos, es que hemos redactado estas líneas.

*General Augusto Pinochet Ugarte, en su discurso de inauguración del año académico en la Universidad Católica de Chile, viernes 11 de abril de 1975.

Desde luego, estimamos necesario precisar que por pragmatismo no debe entenderse la ausencia en el Gobierno de alguna posición ideológica o la desvinculación total entre su acción de Gobierno y cualquier esquema o planteamiento teórico o científico. Por el contrario, en Chile la posición cristiana y antimarxista de la Junta de Gobierno es una postura ideológica nítida, y en sus medidas concretas para lograr la reconstrucción la cercanía al modelo de la economía social de mercado, también es una muy clara toma de posición.

Lo que en el fondo caracteriza y distingue al pragmatismo es, además de su respeto por la idiosincracia y realidades de un pueblo, su negativa a aceptar el carácter *inevitable o infalible* de determinadas proposiciones o esquemas: por el contrario, extremando el ejemplo para aclarar el concepto, un verdadero gobernante pragmático es aquel que debe estar en *disposición* permanente para reconocer errores y enmendar rumbos, y quizás por esto mismo se produzca siempre una cierta identidad entre los regímenes auténticamente nacionalistas y las posiciones pragmáticas.

¿Habría sido capaz un Gobierno con sustentación partidista e ideológica de reaccionar tan vigorosamente como lo ha hecho el nuestro en contra de la experiencia estatista aplicada en Chile durante medio siglo, arriesgando la incompreensión de un sector importante de la población adormecido por las doctrinas socializantes?

Cualquiera sea el éxito, que nosotros creemos asegurado, de la política de privatización impulsada por la Junta de Gobierno, el hecho mismo de su puesta en vigencia es una clara respuesta a la interrogante anterior y una demostración del carácter y fortaleza del pragmatismo.

Aclarado el concepto, debemos ahora fundar en los hechos la incompatibilidad entre las dos fórmulas que aparentemente serían las únicas alternativas para la democracia política occidental: el Gobierno de las ideologías con su instrumento, los partidos políticos; o el Gobierno capaz de gobernar sin partidos pero con realismo, autoridad y sentido nacionalista.

El primer hecho, irrefutable, es la experiencia de otros países; los viejos sistemas políticos europeos se tambalean erosionados por la falta de unidad en el mando y de perseverancia para lograr sus verdaderos objetivos nacionales; la alternancia en el poder de las diferentes corrientes partidistas transforman al Estado, que es lo permanente, en juguete de la ideología ocasional del Gobierno de turno: Gran Bretaña nos ha mostrado (incumplimiento de contratos con la FACH) hasta

dónde puede llegar la obcecación doctrinaria y hasta qué grado esta posición puede desconocer y perjudicar los intereses permanentes de su nación; Italia, por su parte, nos muestra la parálisis que provoca al Estado el exceso de ideología y la falta de autoridad.

En América la democracia estadounidense es otra prueba dolorosa, ya que en este caso es la propia civilización occidental la que se encuentra a merced de una mayoría parlamentaria ambiciosa, calculadora y absolutamente indiferente a los compromisos asumidos por el Estado de ese país.

La consecuencia de lo expresado, que constituye a su vez otro hecho innegable, es la imposibilidad en que se encuentran dichos regímenes para concebir y materializar una política de Estado; su ausencia es probablemente una de las razones principales de la debilidad y desorientación de las democracias occidentales ante el avance vertiginoso de la dominación comunista, ya que debemos reconocer que el modelo totalitario y de partido único de los gobiernos marxistas por lo menos les facilita la concepción de una política de Estado a largo plazo que han venido ejecutando inexorablemente.

Por otra parte, la Unión Soviética hace muchos años que tomó conciencia de la trascendencia que la Geopolítica tiene en la configuración de una estrategia nacional destinada a servir los intereses permanentes y esenciales del Estado, y así su presencia arrogante en el Mediterráneo europeo y los demás océanos del mundo es sólo una consecuencia previsible de una decisión geopolítica.

En los gobiernos de partidos en cambio, las preocupaciones por esta ciencia no han podido traspasar el umbral de los recintos académicos, si es que en ellos tienen cabida; la influencia que el territorio ejerce sobre la estructura del Estado, su régimen y su comportamiento, que es el objetivo de la Geopolítica, no ha llegado todavía a inquietar intelectualmente a los ideólogos que gobiernan a nombre de los partidos políticos.

En nuestro propio país, tan claramente condicionado por su territorio, no existió nunca un real interés por este factor de la política y hubo que esperar que un Gobierno pragmático comprometido en una política nacionalista, como el que ahora nos rige, redescubriera que Chile, de espaldas a la cordillera de los Andes, mira al Océano Pacífico, en cuyas aguas y pueblos ribereños del otro lado del mundo se encuentra nuestro futuro como nación.

Más aún: basándose toda política de desarrollo para Chile en las posibilidades reales de su territorio, lo que incluye sus recursos, su configuración, su clima y su ubicación en el planeta, ¿ha sido éste el elemento determinante en la adopción de los diversos planes que todos los partidos políticos (ya que todos han ocupado el poder) han pretendido realizar? Honestamente, cremos que no. Además, es necesario que hagamos referencia a otro problema que los más importantes pensadores políticos contemporáneos ya han detectado denunciando su gravedad y su influencia en los regímenes de gobierno: hablamos de la sociedad industrial o sociedad tecnológica. En burdas palabras, el problema consiste en que no es posible abordar con criterio político y pretender solucionar con este criterio los graves y complejos problemas técnicos que surgen de la sociedad del átomo, de la computación y del confort material.

Este problema también se presenta en los países que buscan su industrialización y desarrollo, como es el caso de Chile ya que ellos requieren de enfoques científicos y medios técnicos si desean alcanzar el nivel de sociedad industrial en plazos razonables y con costos materiales y sociales mínimos, pero aquí nuevamente, la improvisación y la imposición ideológica han frustrado más de un plan serio y factible.

¿Qué hacer, entonces, en nuestro país?

Desde luego, no dejar pasar la oportunidad histórica de aprovechar la experiencia mundial que demuestra la gravedad de la crisis que afecta a las democracias que se sustentan básicamente en regímenes de partidos: a nuestro juicio el papel protagónico de éstos ha terminado y son las fuerzas vivas y creadoras de los hombres de ciencia y de letras y de los que dirigen las organizaciones técnicas representativas de la comunidad las que deben asumir la conducción con el apoyo permanente de un pueblo ilustrado llamado a decidir directamente en los instantes de grandes opciones históricas.

Nuestro país probó durante los tres años de Gobierno UP la exactitud del juicio anterior; en efecto, la impotencia de las estructuras jurídicas y de los grupos políticos para impedir los abusos del Gobierno marxista contrastó con la vitalidad de la lucha que libraron la mujer, la juventud, los profesionales y los gremios para expulsar de Chile esta doctrina totalitaria, lucha desplegada por lo demás al *margen* de los partidos y en no pocos casos a *pesar* de los partidos.

Si estas fuerzas vivas se mostraron habilitadas para salvar la nación

en sus momentos de mayor peligro, ¿no es lógico que se les conceda la misma capacidad para conducirla en su etapa de reconstrucción estableciéndose las estructuras jurídico-institucionales que lo hagan posible?

Podemos incluso agregar otro argumento: una política de desarrollo duradera y realista como la que propicia el actual gobierno, que no incorpore a estas fuerzas sociales en su concepción y materialización, carecerá irremediablemente de la mística necesaria para alcanzar el éxito.

Las conclusiones de estas reflexiones nos parecen obvias: nuestro país está regido ahora por un Gobierno que busca la rectificación total mediante *objetivos nacionales* que substituyen los gastados ideologismos; esta rectificación *exige* enfrentar desde luego la problemática que hemos planteado, es decir, el estudio de cuáles serán las formas de participación de la ciudadanía en el nuevo régimen político que hagan posible materializar dichos objetivos nacionales. Las universidades y otros medios ilustrados deberían asumir, desde ya, e imaginativamente, la concepción de fórmulas institucionales capaces de superar en el terreno de la lógica y de la experiencia el mito del partido político como elemento de la esencia de un régimen democrático.

Para esta tarea, histórica y urgente, pueden servir de pauta las expresiones del Presidente de la República en su discurso a los estudiantes de la Universidad Católica: "Nos proponemos basar la acción del Gobierno con una proyección geopolítica. Esta supone la determinación científica de objetivos realistas, como metas nacionales, en sustitución de los ideologismos teóricos ensayados y fracasados, en su totalidad, en nuestro país".

GUSTAVO CUEVAS FARREN*

*Profesor de Teoría Política y Derecho Constitucional, Pontificia Universidad Católica de Chile.

